

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB. Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



---

## **Perspectiva para una renovación de la izquierda**

**Jaime Breilh**

**2004**

Ponencia presentada en: Panel organizado para el lanzamiento de la Revista "Renovación", Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, marzo 3 del 2004.

# PERSPECTIVA PARA UNA RENOVACION DE LA IZQUIERDA<sup>1</sup>

**Jaime Breilh<sup>2</sup>**

Compañeros y compañeras, respetados y queridos amigos de este panel:

No cabe duda de que el lanzamiento de la revista “Renovación” es un nuevo signo de la búsqueda que en nuestro país se ha desatado, para la vitalización del pensamiento de las izquierdas. Como integrante del equipo que publica la revista “Espacios”, extendiendo una cordial y fraterna felicitación a los gestores de esa nueva herramienta política, y a los intelectuales que con sus aportes sustanciosos en el primer número de la revista, han marcado un camino de crítica social. Vaya para sus directivos, para los miembros del consejo editorial y para todos quienes hacen el grupo “Renovación” una mano extendida y el firme compromiso nuestro de buscar vínculos sinceros para un quehacer solidario.

Antes de iniciar estas breves reflexiones acerca de las posibilidades de innovación del pensamiento de la izquierda, debo aclarar que éstas son parte de una lectura de nuestra realidad, formada desde la lucha por una transformación de la ciencia como instrumento de emancipación, con todas las limitaciones, pero también aportes, que este tipo de perspectiva puede implicar para un evento como el de hoy, en que se debate el contenido y las formas de la lucha política.

Empezaré por afirmar que en el campo de la investigación para el desarrollo humano de las últimas décadas, se observa una especie de entrapamiento del pensamiento político; a nuestro entender es como si las condiciones objetivas de la perversa actualidad del capitalismo pos-industrial que enfrentamos, no se correspondieran adecuadamente a lo que estamos logrando en el plano de las construcciones subjetivas para la emancipación.

En mi libro “Eugenio Espejo: La Otra Memoria”, expongo una hipótesis sobre la historia del pensamiento ecuatoriano. Basándome en los estudios de Roig y Paladines, presento una periodización de las concepciones y paradigmas interpretativos preeminentes de cada época, que creo tiene interés para el objeto de nuestro análisis que es la transformación del pensamiento político.

Una primera lección que se desprende de dicho análisis es que se reafirma la conocida noción epistemológica de que el movimiento histórico del pensamiento ecuatoriano no es una construcción lineal, sino un proceso dialéctico vinculado a las confrontaciones sociales de cada época. A pesar de que sabemos no existe un vínculo mecánico entre las formas de poder, la cultura y el pensamiento, no es menos cierto que las concepciones características de cada época guardan relación importante con las determinaciones económicas, políticas e ideológicas de cada momento, que van moldeando aquello que Foucault denominó “las reglas generales o presuposiciones inconscientes que rigen el discurso general de la cultura y el pensamiento” y que pasan a ser mediaciones poderosas del modo de asimilación de los paradigmas del conocimiento externo y de las construcciones del propio.

---

<sup>1</sup> Panel organizado para el lanzamiento de la Revista “Renovación”. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana; marzo 3 del 2004.

<sup>2</sup> Médico; Director Ejecutivo del CEAS y del SIPAE; [jbreilh@ceas.med.ecrte](mailto:jbreilh@ceas.med.ecrte) del siglo 20

La historia del pensamiento de las clases dominantes, por un lado, evidencia esos vínculos entre el poder y los modos de pensar. En el Siglo 18, por ejemplo, el vínculo entre el pensamiento escolástico y la dominación absolutista; en el siglo 19 la relación entre la formación del Estado e ideología burgués-terrateniente, con la modernización garciana de la educación superior y la consolidación del pensamiento ilustrado; en la primera mitad del siglo 20, el vínculo entre la expansión de las relaciones capitalistas, la fragmentación regional de las clases dominantes, el papel del Estado burgués como árbitro entre el capital y las formas capitalistas, y la profundización de la dependencia con el imperialismo, son todos procesos que enmarcan y dan un profundo sentido a la aparición del pensamiento liberal clásico y el positivismo; y también, hacia la parte final del siglo anterior y comienzos del presente, el proceso de instauración del neoliberalismo creó condiciones propicias para la reproducción del pensamiento posmoderno conservador, y la reafirmación de variantes muy agresivas del pensamiento funcionalista.

Desde la otra orilla de la sociedad, los grupos subordinados también fueron labrando su discurso crítico dentro de los límites y posibilidades socio culturales de cada época y se tejió el hilo conductor de un discurso formado en lucha contra el poder. Un hilo propio que se si bien realizó a ratos préstamos, epistemológicamente hablando, de expresiones democráticas del pensamiento burgués, consolidó mejor sus posiciones cuando logró superar los límites del pensamiento liberal. Entonces, no podemos olvidar que en sus inicios el liberalismo fue revolucionario y que, como lo explica Wallerstein<sup>3</sup>, la Revolución Francesa legitimó dos ideas emancipadoras: que el cambio de una sociedad es normal, y que el pueblo es soberano; entonces esas eran ideas liberales para entonces revolucionarias, que creaban un problema a los grupos en el poder, y que se oponían a todo autoritarismo. En la historia del pensamiento ecuatoriano del Siglo 19, dicho sea de paso, esa vertiente con todas sus contradicciones se hizo presente en el pensamiento social de Montalvo, quien inclusive captó, según Plutarco Naranjo<sup>4</sup>, algunas ideas de la I Internacional al monástico ambiente ecuatoriano de 1876; llegando Montalvo a formular inclusive una especial teoría de las clases sociales y de sus lecciones al pueblo, como expresión de un grupo social emergente, como lo ha demostrado Arturo Roig<sup>5</sup>. Pero retomando el hilo conductor de la ideología popular emancipadora, aparecen un conjunto de expresiones cuya riqueza podemos aquí apenas esbozar. Así, las modalidades de resistencia cultural indígena de los siglos anteriores; la aparición del anarquismo criollo y primeras expresiones del socialismo; las contribuciones del pensamiento mestizo indigenista y las construcciones del marxismo corporativo como discurso político, se fueron hilvanando paulatinamente con los discursos estéticos del realismo expresionista, de la literatura de los 30s y 40s; todo lo cual alimentó un proceso de acumulación de ideas que no sólo permitió superar la noción liberal del libre albedrío y de la acción individual como bases del orden social, sino replantearse la relación público-privado y forjar una nueva construcción del capitalismo como gran objeto de transformación. Esa extensión y penetración creciente de las ideas políticas, permitió desentrañar la complejidad de dicho objeto y de su estructura de dominación, para diversificarlo sobretodo desde fines de los 70, abriéndose posibilidades nuevas

---

<sup>3</sup> Wallerstein, Emmanuel (1999). Interview with Prof. Immanuel Wallerstein (interviewers: Kumar, A. and Welz, F). París: Maison de Sciences de l' Homme, june 25 (<http://www.zmk.uni-freiburg.de/Wallerstein/theory.htm>)

<sup>4</sup> Naranjo, Plutarco (1977) La I Internacional en América Latina: Quito: Editorial Universitaria.

<sup>5</sup> Roig, Arturo (1984) El pensamiento Social de Juan Montalvo. Quito: Editorial Tercer Mundo.

para la confrontación histórica con los poderosos, en los terrenos de la lucha ideológica en frentes diversos como las reivindicaciones de género, la ecología crítica, y sobretudo, la irrupción de un pensamiento indígena alternativo desde el levantamiento del Inti Raimi. Es evidente entonces, que si bien los polos opuestos del pensamiento se han condicionado mutuamente, el pensamiento crítico de la izquierda, fue construyéndose y avanzando en oposición a la estructura de poder capitalista, y en ruptura antes que en conciliación con la misma.

Una segunda lección que deriva del estudio del proceso de construcción del pensamiento contrahegemónico, es su origen colectivo y la diversidad de sus fuentes. Todos aquellos enfrentamientos históricos que hemos apenas esbozado, implicaron una lucha colectiva y permitieron un proceso de acumulación ideológica que fue imbricándose bajo una fuerte influencia también de las ideas europeas. LO cual nos permite ahora comprender que el discurso crítico actual es el fruto de un rico proceso que se ha ido enriqueciendo con las aportaciones de diversos sujetos históricos, a lo largo de una lucha de siglos y que por tanto no es patrimonio de ningún sector social, ni de ningún partido, por valiosas que hayan sido las contribuciones que históricas que aquellos hayan ofrecido.

En tercer lugar, el análisis epistemológico nos hace destacar un hecho histórico que ha marcado profundamente la riqueza de nuestro pensamiento crítico -así como sus limitaciones-, es que la ruptura del sujeto social ecuatoriano. Una fragmentación que se inició en la Colonia, cuando se impuso la cultura del “blanco” conquistador y se forjó con violencia un Estado uninacional, quedando institucionalizada la uniculturalidad. Así se comenzó a limitar la expresión de los sujetos sociales indígena y afroecuatoriano, tanto en la cultura formalmente reconocida, como en las construcciones simbólicas, y que decir de las formulaciones de la ideología política y se estableció la fractura entre los sujetos constitutivos del pueblo oprimido. Claro está, que no sólo dichos sujetos colectivos fueron acallados sino que, bajo la égida patriarcal de nuestra sociedad, también el sujeto femenino fue impedido de participar a plenitud en la construcción del pensamiento crítico, pues salvando los aportes legendarios de mujeres brillantes a lo largo de nuestra convulsionada historia es tardía la incorporación de las ideas de género al proceso de construcción de un proyecto político nacional. Nuestra historia pone entonces en evidencia, que apenas en las últimas décadas, y gracias al impulso de las luchas particulares de esos sujetos que fueron históricamente postergados, es que van asomando esas dimensiones indispensables en el horizonte del nuevo pensamiento crítico de la izquierda ecuatoriana.

Pero esa riqueza y diversificación de la lucha nos ha colocado en un nuevo entrampamiento. Y es que al mirar el proceso histórico se comprende mejor la fuerza y las debilidades del presente, pues a la par que atestiguamos el crecimiento de esas luchas particulares, no es menos cierto que también observamos, una clara fractura del sujeto colectivo y una incapacidad de construcción de un proyecto histórico unitario. Es como si hubiéramos avanzado considerablemente en un esclarecimiento creciente sobre el capitalismo como *objeto* de transformación, con sus variantes históricas, pero no tanto así en la construcción del *sujeto* histórico de dicha transformación; motivo por el cual persiste aun a pesar de algunos esfuerzos, una construcción sectaria de la política.

Pero el problema enunciado no es el único obstáculo, ni talvez el más difícil que enfrenta la renovación de la izquierda y la construcción de un proyecto unitario. Nos

referimos a lo que Borón ha llamado la extinción teórica de una parte decisiva del pensamiento de izquierda y que apenas esbozaremos brevemente.

Hasta los años 70 aproximadamente, la crítica de capitalismo se construyó desde la perspectiva de la crítica de la economía política y bajo el debate filosófico de variantes del pensamiento socialista contra las expresiones del liberalismo ideológico. En el centro de esa corriente universal de la lucha popular se coloca sin duda la fuerza emancipadora del descubrimiento de Carlos Marx sobre la verdadera esencia de la explotación capitalista y un conjunto de ideas innovadoras que significaron para las ciencias sociales un impacto tan importante como las ideas de Copérnico en las ciencias naturales, una verdadera revolución copernicana en las ciencias humanas, como la llamaría Atilio Borón que permitió superar la opacidad y fetichismos de la economía de Ricardo y Smith, donde todas las interpretaciones se habían centrado en la circulación y el consumo, desconociendo la base productiva estructural de la explotación; que empujó construcciones distintas de la sociología, que empezaron a romper con las nociones liberales basadas en el empirismo fisiológico de la sociología *comptiana*; fue así también que la teoría política se apartó de la teoría liberal del libre albedrío como fundamento de todo orden social y de las nociones hegelianas del Estado; en fin un proceso de renovación de las categorías nodales del pensamiento social y político fundamentalmente, pero con hondas repercusiones aun en terrenos aparentemente más alejados como la pedagogía y las ciencias de la salud. Lamentablemente, toda ese poder interpretativo y proyección emancipadora se han debilitado por dos motivos principales. Primero, ese movimiento enriquecedor tuvo su lado oscuro puesto que algunos pragmáticos del marxismo, “legiones de creyentes” como los llama Borón, confundieron una herramienta del conocimiento emancipador, con una revelación doctrinal que de esa manera estuvo en riesgo de perder su potencial liberador. Como lo he sostenido en una obra reciente acerca del carácter emancipador de la ciencia y la interculturalidad, se lo pretendió convertir en un discurso matriz impositivo. Mas también la contrarreforma neoconservadora que acompañó desde los 80 al neoliberalismo económico, implicó tesis de extrema atomización del sujeto social bajo una comprensión retrógrada de la categoría diversidad, porque el objetivo central de ese movimiento ideológico era romper con los resquicios de cualquier comprensión colectivistas y solidaria de la sociedad y la política.

Y por último, un problema correlativo a los anteriores ha sido el giro de una concepción contrahegemónica de la política y de la gestión, hacia una cultura que la podríamos llamar neofuncionalista<sup>6</sup>, fuerte aun en núcleos autodefinidos como progresistas, y que se sustenta en algunos presupuestos que aquí podemos apenas esbozar, presupuestos que apenas pueden esconderse tras de cierta terminología progresista que busca enmascararlos –véase aun documentos del *mea culpa* bancomundialista- : a) el giro del enfoque y la crítica social desde el eje estructural productivo al eje de consumo como base para construir las demandas de la política; b) la aceptación del posibilismo como principio de estrategia política, ligado a la idea de que el cambio puede construirse desde un reformismo por sectores y como resultado de una cosmética social, pero dentro de las reglas del capitalismo; b) la aplicación del principio de la acción comunicativa de Habermas y de la correspondiente estrategia dialógica al conflicto de clases; c) una

---

<sup>6</sup> El estructural funcionalismo una corriente inspirada en el pensamiento de Talcot Parsons, centrada en la teoría de sistemas y en las nociones de ajuste y equilibrio respecto de funciones sobre las que gira el orden social.

lectura conservadora y divisionista de categorías de la diversidad como lo étnico, el género, lo generacional, etc.

Cabe ilustrar algunos ejemplos de esas llamadas “extinciones teóricas”<sup>7</sup> que han sido asumidas como una tendencia progresista pero que ahora se nos muestran como una lamentable omisión forzosa en que terminamos haciéndole el juego al poder.

Cuando uno mira la bibliografía sobre lo agrario, por citar un caso, se constata que durante más de dos décadas hay un silencio acerca de los problemas de la estructura de propiedad y la tenencia de la tierra, justo cuando los índices de Gini de concentración de la propiedad y de reconcentración posreforma agraria, reclamaban objetivamente la investigación y esclarecimiento de tales procesos. Durante ese tiempo, los estudios olvidaron la estructura profundamente clasista de la producción agrícola y, en el mejor de los casos enfocan los problemas de inequidad sin ubicar claramente su raíz estructural, o se han concentrado en una lectura de lo local, de lo cultural y antropológico, pero desconectándolo de las determinaciones históricas de la totalidad.

En ciencias aplicadas como la salud, también se ha dado esa extinción teórica o renuncia, que se la percibe cuando las tesis de grupos supuestamente progresistas se entranpan en un *lexicon* emparentado con la terminología banco mundialista que habla de desigualdad pero no trabaja sus raíces, que rescata lo etno-cultural y lo de género, pero desarticulándolos de las contradicciones estructurales del poder; y para rematar, salen formulaciones de una gerencia supuestamente social e innovadora que aceptan la degradación de los derechos económicos, sociales y culturales, que quedan convertidos en una doctrina de paquetes mínimos para una seguridad social universal de las migajas que acepta a regañadientes el capitalismo monopólico para los trabajadores del circuito primario capitalista, pero que se reducen a los seguros subsidiados y focalizados para los miserables que forman la masa marginal que, bajo las actuales condiciones de la propiedad, jamás alcanzarán siquiera a ser explotados formalmente por el sistema sino que serán marginales eternos del circuito monopólico.

Entonces en este punto podemos aplicar la sabiduría popular cuando dice: “salimos de Guatemala en términos teóricos para caer en Guatepeor”, puesto que remplazamos los errores del marxismo doctrinal y su interpretación mecánica de las determinaciones estructurales, con su visión excluyente del discurso marxista impositivo, con su aplicación rígida de categorías como *clase social*, como *Estado*, como *imperialismo*, con su lectura reduccionista y determinista de los procesos particulares como los de género, lo etno-cultural, lo ecológico, remplazamos todo eso, con la renuncia indirecta a la crítica y el uso inofensivo de categorías ambiguas como sociedad civil y otras semejantes, que tratadas de un cierto modo son perfectamente asimilables a una teoría política funcional.

En algún escrito anterior me referí a una especie de “complejo del muro” que asaltó a ciertas figuras de la izquierda desde la caída del socialismo real europeo, pues sobretudo en los círculos tecnocráticos y en algunos espacios intelectuales se dio paso a un proceso de satanización de elementos interpretativos de la visión socialista, construidos a lo largo de siglos de lucha y que son patrimonio del pueblo, con la crítica necesaria frente de ese socialismo doctrinal y empobrecido que se enuncia como la única vía del

---

<sup>7</sup> Borón, Atilio (1997). *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

pensamiento político, con la crítica a esa concepción de totalidad social que irrespeta las urgencias y demandas válidas de la diversidad y ahoga las otras voces, con el cuestionamiento indispensable del determinismo político mecánico, del iluminismo de los partidos que asumen el rol mesiánico y sectario de una vanguardia que lo sabe y lo prevé todo, y finalmente de un maximalismo sin bases objetivas ni subjetivas; se confundieron todas esas críticas necesarias, con la renuncia velada pero definitiva a los principios de transformación emancipadora de la sociedad, frente a los cuales, el marxismo emancipador sigue teniendo una clara vigencia, siempre y cuando no se asuma como discurso matriz y excluyente, sino como eslabón de una narrativa emancipadora.

Y esta última idea me lleva al argumento final de este breve ponencia, que es el de la urgencia de pasar desde una visión crítica de la sociedad y la política hacia una construcción metacrítica del pensamiento socialista, con lo cual quiero decir que debemos consolidar un proceso de reflexión sobre dos carriles fundamentales: por un lado, una decantación de los instrumentos conceptuales y políticos válidos que se han acumulado como producto de la lucha social desde siglos anteriores; y en segundo término, un proceso de construcción intercultural del pensamiento político.

No se trata de una interculturalidad funcional de todas las voces, se trata más bien de articular las expresiones emancipadoras de los pensamientos surgidos de las distintas culturas, en términos de Fanon se trata de totalizar también como acto comunicativo, es decir como fortaleza unitaria de la diversidad. Eso implica por el caso ecuatoriano, no idealizar a ningún movimiento por el hecho de ser parte del pueblo oprimido, ni satanizar toda construcción gestada en los ciclos anteriores de la lucha. Necesitamos de una teoría política que apoye tal construcción, y para eso no hace falta sólo reconocer la diversidad, sino que es indispensable también construir una narrativa y una práctica política que comprendan la realidad como totalidad, convoquen y articulen a todas las voces que buscan transformarla profundamente. Requerimos de una teoría política contrahegemónica que, como lo explicara Gramsci al desarrollar su idea de los “intelectuales orgánicos”, sólo construye una hegemonía de signo contrario al poder, cuando el movimiento organizado está atravesado por el pensamiento crítico y cuando el pensamiento crítico se hace pueblo, sólo así los intelectuales pasan a ser intelectuales orgánicos de un movimiento emancipador.<sup>8</sup>

Por eso, bienvenidos los valiosos esfuerzos que se están desplegando para enriquecer nuestras concepciones políticas con elementos como la poscolonialidad, como esa interculturalidad que conlleva la traducción recíproca de conocimientos, la construcción conjunta de objetos de transformación, la aparición y análisis cruzados de nuevos recursos epistemológicos y metodológicos, para que se potencie nuestra mirada crítica de la sociedad capitalista, para que se renueven los paradigmas, mas todo ese enriquecimiento sólo tendrá un sentido progresista si se construyen con un sentido emancipador y como una metacrítica del capitalismo tardío, que lejos de encontrarse agotado y débil, se encuentra preparando nuevas estrategias de dominación. No debemos equivocarnos al pensar que la crisis de hegemonía que ha provocado el militarismo imperial, traduce una evidente debilidad. A pesar de los reveses y quiebres la dominación imperialista aun tiene reservas estratégicas para reproducir la perversa organización que nos oprime.

---

<sup>8</sup> Kanoussi, Dora (2000). Una Introducción a los Cuadernos de la Cárcel de Antonio Gramsci. México: Plaza y Valdez Editores-UAP.

El argumento central que hemos expresado en estas breves páginas es que la construcción de ese otro mundo posible, la reconquista y conquista de los derechos humanos, de aquellos que se fueron perdiendo o convirtiendo en mercancías, o de aquellos que aun nuestro pueblo no alcanzó, no es apenas un desafío ético, ni se puede desarrollar dentro de los límites de la misma estructura social. Por eso la renovación de la izquierda no puede ser sólo un proceso de reingeniería de aquello que podría llamarse la gestión política, sino que depende de la construcción de un proyecto emancipador de sociedad que desatanice las ideas emancipadoras básicas y el acumulado válido de la lucha socialista emancipadora y marxista, pero que no se quede en eso, sino que articule un nuevo discurso revolucionario, no atado al reformismo posibilista sino libérrimo; una metacrítica del capitalismo desde la riqueza de los aportes emancipadores del movimiento indígena, de la coordinación de los movimientos sociales, desde la fortaleza, convicción y fortaleza de los aparatos políticos que se han desarrollado en una práctica claramente

No debemos temer que nuestro discurso político sea tildado de subversivo, ni de terrorista, pues en el marco de un sistema salvaje como el que nos oprime, todo planteamiento científico o social ligado con claridad y sin ambigüedades a la lucha por los derechos humano, está condenado a ser interpretado por los dueños del poder o por sus alfiles y peones; lo que importa es que nuestro discurso político sea construido desde y junto al pueblo, y sea asumido por él como propio y como una salida real a sus sufrimientos y sueños.

Tal tipo de discurso aun no lo hemos forjado y no tenemos todas las respuestas aun para hacerlo, pero lo que si sabemos es que no podrá ser ni gestado, ni manipulado por ningún sector o partido, sino que deberá ser el producto de un bloque social donde todos y todas nos sentamos plenamente representados, pero no en el reduccionista sentido de la democracia formal, sino en el profundo y humano sentido de la democracia real. Estamos seguros que esa será la línea política de apertura que pretende impulsar “Renovación” y por eso, cada vez que nos convoquen a trabajar en pro de ese tipo de construcción, estaremos listos para arrimar hombros y juntarnos, como ahora aquí, para seguir luchando por la instauración de un régimen social al que nosotros hemos llamado descrito en otra parte como un neohumanismo popular.